

Ya de bebe, en mi casa hay una foto de humanidades en la cocina. Aproximaciones a las transformaciones de las militancias estudiantiles en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la UNLP 2005-2015.

Nicolas Carriquiriborde (UNLP) nicolas.carriquiriborde@gmail.com

Nahuel Edgar Ferreyra (UNLP) enferreyra@gmail.com

Pedro Porta Fernandez (UNLP/Conicet/UNTref) pedroportafernandez@gmail.com

Miguel David Reartes (UNLP/Conicet) miguel.reartes@gmail.com

Desde sus inicios las universidades han sido usina de militancias y de procesos de politización, basta mirar la reforma del '18 o el Cordobazo de 1969 por citar algunos hechos históricos. Esto permite pensar que las militancias estudiantiles pueden dar cuenta no solo de los climas de época, sino de una forma específica de vivir y transitar los procesos históricos. Si bien hay coyunturas donde estos fenómenos se expresan con mayor claridad, en otros permiten rastrear las experiencias subterráneas o en producción (Liaudat D., Liaudat, S. y Pis Diez; 2012). En este sentido, abordar las militancias estudiantiles durante el kirchnerismo puede ofrecer elementos analíticos para pensar los fenómenos socio-políticos. De esta forma, realizaremos un primer acercamiento a las dinámicas estudiantiles universitarias durante el kirchnerismo en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la UNLP. La propuesta es rastrear las transformaciones de los sentidos y prácticas de las militancias, en función de los procesos previos, especialmente el “argentinazo” de diciembre del 2001 como hecho neurálgico en las militancias sociales y políticas en Argentina. En particular, quisiéramos hacer una primera aproximación a los procesos de politización y ebullición militante entre los años 2005 y 2012, al calor de importantes sectores del estudiantado que canalizaron allí sus compromisos o activismos. En este sentido, proponemos un abordaje a partir de la metodología de trayectorias biográficas, y fuentes empíricas ligadas a nuestras propias experiencias personales, como la correspondencia electrónica vía e-mail, que en los años que tomamos como recorte constituyó el principal medio de comunicación. También apelaremos a informantes claves, que a través de sus testimonios en diálogos y entrevistas informales nos permitirán reconstruir los sucesos acontecidos. Para este objetivo, se propondrán tres momentos: en primer lugar, un breve recorrido por algunas categorías analíticas; en un segundo momento nos adentraremos en las experiencias estudiantiles por fuera de los canales clásicos de participación; y, por un último, un abordaje de estos procesos a la luz de las categorías propuestas inicialmente y de la noción de *nuevo ethos militante*, propuesta por Svampa (2010).

1. Militancia y participación. Acercamientos a los abordajes de las militancias de la Facultad de Humanidades.

Las militancias universitarias han tenido un rol central en la historia política de nuestro país, con una relación compleja, tirante y fluctuante con los procesos a nivel nacional. En particular, porque son una usina de formación de militantes y cuadros políticos, pero también suelen tener diversas modalidades para tramitar, expresar y sintetizar los procesos más generales. En algunos casos expresan procesos y fenómenos específicamente universitarios, como puede ser la Reforma de 1918, en el que las reivindicaciones y tensiones políticas giraron en torno al gobierno de la Universidad

(libertad de cátedra, autonomía y cogobierno)¹, en otros procesos que exceden la vida universitaria, como el Cordobazo que tuvo como epicentro la unión obrera-estudiantil, gestada fuera de la universidad y expresó un momento de la lucha de clases y de lucha política con el gobierno militar de facto de Juan Carlos Onganía.

Más allá de las materializaciones de la relación entre militancia universitaria y contexto político, está claro que ellas están en íntima ligazón y que tienen temporalidades y dinámicas específicas en función de los fenómenos en cuestión. En este sentido, las militancias universitarias de principio del siglo XXI, no escapan a estas características y nos parece necesario abordarlas tomando en cuenta esta complejidad y variedad de elementos en juego. Para dar cuenta de las mismas en la facultad de Humanidades y Ciencias de la educación (FaHCE) de la Universidad Nacional de La Plata (UNLP), partimos de los abordajes realizados por una serie de autores, entre ellos se destacan Camou, Varela y Prati (2014, 2018). A partir de algunas de sus hipótesis y propuestas analíticas es posible profundizar en las modalidades militantes de la FaHCE de la primera década del siglo XXI.

Partimos de la siguiente hipótesis:

La experiencia política de los estudiantes universitarios es fruto de un complejo proceso de socialización que se produce en la intersección de –al menos- tres diferentes campos, el de la política partidaria (y socio-territorial), el de la política institucional universitaria y el campo disciplinar. De este modo, no es posible comprender la experiencia política estudiantil sin prestar atención a la manera como se procesan, en el cruce de esos campos, los elementos simbólicos (discursos, tradiciones, memorias), las lógicas y reglas de acción política (partidarias y socio-territoriales, institucionales, disciplinares) y los intereses, creencias y estrategias que constituyen las posiciones de sujeto. (Camou, 2012: 2-3)

Coincidimos en esta hipótesis planteada por el autor de la existencia de tres campos (política partidaria-social, política institucional y campo disciplinar) poniendo énfasis en la idea de socialización que marca el autor. Pero consideramos que es necesaria ponerla en diálogo con las tres “brechas” que plantean Camou, Prati y Varela (2014). Allí, se plantea una primera brecha vinculada a la importancia que las militancias estudiantiles le otorgan a la participación y la práctica efectiva de la misma en los estudiantes; la segunda, entre la (baja) intensidad de la participación estudiantil y la (alta) ocupación de espacios institucionales; y la tercera, entre la importante cantidad de votos obtenidos por las agrupaciones estudiantiles a nivel universitario, frente a su escasa presencia a nivel nacional. En este trabajo quisiéramos profundizar en las inserciones institucionales, pero para ello, es necesario profundizar en la primera brecha, y en particular, en las formas de participación y las militancias universitarias.

Camou (2012) sostiene que en el claustro estudiantil hay una brecha entre una militancia radicalizada e hiper-partidizada que se rige con reglas propias de la política tradicional, y un estudiantado que demuestra apatía, sumergidos frente a las exigencias del estudio y la supervivencia cotidiana, que no se asume como ciudadanos de una academia democrática y que vota según lo que tiene al alcance de la mano. A su vez,

¹ Sabemos, sin embargo, que el alcance y efectos de la Reforma del 18 excedió la especificidad universitaria. Puiggrós (2016) da cuenta del papel que jugó la Reforma al oponerse al modelo oligárquico y en la conformación de un discurso más abarcativo con elementos transformadores que excedieron, inclusive, lo nacional.

Camou, Prati y Varela (2014) retoman a Krostch, para señalar que en los años 90 la fuerte presencia de los partidos políticos en la universidad constituye el reverso institucional de la debilidad efectiva de su autonomía institucional. Hoy, sin embargo, existe una relativa autonomía político-ideológica de la universidad, que posee una enorme importancia como agente socializador. Esto puede verse en las distintas brechas que los autores teorizan, pero centralmente en la existente entre lo que eligen los estudiantes en la universidad, y lo que eligen en elecciones nacionales. Acá los autores se interrogan sobre en qué medida “la discontinuidad en los contenidos (la orientación ideológica) respecto de la política nacional, es también una discontinuidad en las formas de la política, cuando, ‘por izquierda’, las agrupaciones estudiantiles adoptan formas de acción directa como el corte de calles, característicos de los movimientos territoriales, o cuando ‘por derecha’ deben captar a sus votantes en tanto usuarios de servicios estudiantiles” (2014: 23).

Podríamos incorporar otras variables a este análisis: creemos que la participación o politicidad no debe leerse únicamente desde el análisis de las agrupaciones/partidos y su desempeño en las elecciones, si bien este constituye un punto de partida esencial. El/la estudiante puede no sentirse “ciudadano” al momento de sufragar, en tanto el contexto electoral estimula un tipo de participación política basada en la mera acumulación de fuerzas, en donde las propuestas y discursos aparecen concebidos “desde lentes conceptuales y políticas cristalizadas en el pasado” (Camou, 2012: 23). Sin embargo -y es nuestra hipótesis- esta participación puede no agotar los espacios de la vida político-académica estudiantil. En este sentido, creemos que entre 2005 y 2012 es posible observar un conjunto de procesos de participación que buscaron reconfigurar la politicidad estudiantil desde prácticas nuevas, que se interesaron por la constitución de lo académico como tal y buscaron disputar el sentido político (no partidario) que la universidad tiene.

Sartori (2009: 35) analiza la “participación política” en términos de un conjunto de prácticas por las cuales un actor toma parte “activa, voluntaria y personalmente” en un proceso público de toma de decisiones. Aquí radica el eje que queremos profundizar, en torno a la complejidad, pluralidad y también multiposicionalidad (Combes, 2011) de las participaciones políticas de los estudiantes, en especial si recuperamos las instancias y espacios de participación que exceden y desbordan a las agrupaciones estudiantiles, como pueden ser las comisiones por carrera, los encuentros por carrera y una variedad de experiencias que buscaremos explorar. Nuestro abordaje busca indagar en este punto complementando las “fotos” más generales y las entrevistas de sus actores, con herramientas metodológicas como las *carreras militantes*, la reflexividad de las propias prácticas militantes en forma de etnografía, y lo que Gerard Mauger (2005) denomina *autobiografía* -adoptando el análisis sobre el vínculo entre compromiso político y compromiso sociológico, observando las conversiones de disposiciones políticas a disposiciones sociológicas y viceversa, a partir de su propia historia, en articulación con otras-. Al mismo tiempo, puede incorporarse la idea de *autoanálisis del sociólogo* de Bourdieu (2006).

Aquí, coincidimos con la caracterización realizada por Camou, Prati y Varela (2018) sobre el uso de este tipo de metodologías, y advertimos especialmente el riesgo de la ilusión biográfica. Bourdieu, al igual que estos autores, destacan que el riesgo es caer en la fantasía de las historias de vida en términos teológicos, donde hay una “esencia” embrionaria inicial que se despliega a lo largo de la misma, y donde prima la coherencia y la constancia. Este tipo de formas de comprender las historias de vida, es lo que Agricoliasky (2017) recupera de Jean-Claude Passeron (1991), para hablar de la noción de trayectoria en un sentido “balístico”, en términos de un “desplazamiento del individuo en el tiempo y el espacio (social) que traduce la fuerza determinante del impulso que

recibió: el de la socialización inicial.” (Agrikoliansky, 2017, p.2). Frente a esto, Agrikoliansky, pero también autores como Howard Becker (2021), propone la categoría de *carrera militante*, la cual implica restituir la concatenación temporal de diferentes secuencias del compromiso y las lógicas procesuales por las cuales se realiza y se articula a las trayectorias biográficas. En otros términos, la carrera es pensada en términos de secuencias, momentos y lógicas articuladas, pero donde cada una tiene su entidad en sí misma, posibilitada por lo anterior, y generadora de lo siguientes. Agrikoliansky (2017) sostiene que aplicada al compromiso político, la noción de carrera permite comprender cómo en cada etapa de la biografía las actitudes y los comportamientos están determinados por actitudes y comportamientos pasados y, condicionan, a su vez, el campo de los posibles venideros, contextualizando así, los períodos de compromiso dentro del conjunto del ciclo de vida.

Si bien en este trabajo no abordaremos puntualmente carreras militantes concretas, partimos de la reconstrucción de las mismas para dar cuenta de lo que llamamos *floreCIMIENTO del activismo*, que abordaremos en la siguiente sección. Pero es relevante incorporar la distinción que realiza Camou, en torno a la doble vida: “hay una vida política subjetiva, con variables grados de compromiso, de involucramiento y constitución de vivencias personales de los estudiantes, que van desde la solidaridad, la confraternización y la conformación de un sentido de pertenencia hasta el aprendizaje de los vericuetos de la lucha política, sus lógicas, dinámicas y tensiones” (2012: 8).

Por último, quisiéramos retomar dos tipologías planteadas por Camou, Prati y Varela (2014), que tienen gran pertinencia analítica en nuestra propuesta. Por un lado, los autores proponen una tipología de participación a partir de tres figuras: el *votante*, el *adherente* y el *militante*. La primera hace alusión a una participación que caracteriza como “pasiva”, donde destacan comportamientos perceptivos y prima la concurrencia a actos comiciales de carácter obligatorio. La segunda, la destacan como participación “activa”, dentro o fuera de una organización política, donde se encuentran actividades de apoyo, en campañas electorales, difundiendo materiales de prensa o participación en manifestaciones. Por último, la participación militante la aluden a un compromiso estable asumiendo responsabilidades de representación, delegación o dirigencia.

La segunda clasificación de Camou, Prati y Varela (2018) que queremos recuperar remite a las formas de ingreso a la militancia. La primera, hace alusión a la politización *por legado*, ponderando las experiencias previas, tradiciones familiares, o recorridos personales. La segunda refiere a la politización *por conflicto*, que refiere al ingreso a la participación al calor de determinados acontecimientos de alto impacto político, como pueden ser las luchas estudiantiles, o escenarios de alta conflictividad social o política. Por último, la denominada politicidad *por contacto* vincula este proceso a las sociabilidades universitarias, en su amplia gama de expresiones. Con este andamiaje teórico-epistemológico, en la siguiente sección nos adentraremos en lo que denominamos *floreCIMIENTO del activismo* en la facultad de Humanidades.

2. Multiplicar es la tarea. Nuevas modalidades de participación en la política universitaria.

En este apartado buscaremos reconstruir algunas de las prácticas y dinámicas propias de un conjunto de espacios de participación en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (FaHCE) de la UNLP entre 2005 y 2012, que en su conjunto dan cuenta de un fenómeno de *floreCIMIENTO del activismo* que plantea algunas rupturas y novedades con la militancia de dichos años. El interés proviene de nuestras propias biografías como

estudiantes y militantes de aquel momento, y como graduados vinculados actualmente con la institución. Desde esta perspectiva, nos interesa echar luz sobre la militancia estudiantil en la FaHCE a lo largo de aquellos años, con la creencia en que se asistió a un momento de particular efervescencia y activismo militante. Más concretamente, nos interesa compartir un conjunto de reflexiones que permitirán dar cuenta de las especificidades del contexto, para ponerlas en diálogo con algunas conclusiones que arrojan los estudios previos sobre el tema. Consideramos que a partir de este estudio podemos realizar un aporte a los estudios sobre participación política estudiantil en la universidad.

Recuperando lo planteado por Pis Diez, Liaudat, L. y Liaudat, S. (2012) la militancia estudiantil que inicia en el siglo XXI, lo hace en un doble proceso, por un lado, trae las experiencias de lucha de los años noventa, donde la oposición al proyecto de Ley de Educación Superior (LES) constituye el punto de ebullición de estas luchas y militancias, y durante el gobierno de la alianza (1999-2001), centrado en la lucha contra el recorte presupuestario del gobierno radical, encabezado por el entonces ministro de economía Ricardo López Murphy. Por otro lado, el horizonte marcado a fuego por el estallido social de diciembre del 2001, marcó un parteaguas en varios sentidos (Gordillo, 2010). Esto estuvo acompañado de una serie de procesos de mediano plazo- territorialización de la política y las militancias- y de corto plazo- surgimiento del movimiento piquetero- desde una concepción de la política y de la acción colectiva “autonomista”. Sus principios giraban en torno a la idea de autogestión, poder popular, toma de decisión en términos asamblearios, la ponderación de lo territorial y lo comunitario. En términos teóricos, este conjunto de ideas se basa en un conjunto de corrientes ideológicas que cristalizaron en lo que entre fines de los '90 y principios de los 2000 dio a conocerse como “movimiento autónomo”, que tiene diversas inspiraciones que van del marxismo y el anarquismo, al posestructuralismo y que encuentran su cénit en las obras de Michael Hardt y Toni Negri (2000, 2004) -herederos del movimiento operaísta italiano de los años '60- por un lado, y la de Holloway (2002), por el otro. Estas corrientes constituían el encuadre ideológico de diferentes movimientos latinoamericanos, como la experiencia del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) en Chiapas nacida en 1994 en México y el Movimiento de los Trabajadores Rurales Sin Tierra (MST) en Brasil, entre los más importantes. En Argentina, diferentes autores encontraron similitudes entre estas nuevas experiencias y el movimiento piquetero argentino organizado en los Movimientos de Trabajadores Desocupados (MTD), como teorizó el Colectivo Situaciones (2002). Esta cosmovisión surge en oposición al neoliberalismo, que atravesó la década del noventa como su máxima hegemonía, luego de la caída de la Unión de Repúblicas Soviéticas Socialistas en 1991. De esta forma, el estallido social y político del 2001, expresó la condensación de estos procesos y la materialización de iniciativas, prácticas y sentidos, en emergentes expresiones políticas continentales que colocaban en el horizonte de lo posible una nueva ola o avanzada popular, de revolución, de socialismos del siglo XXI, de conquistas de derechos y de mejora en las condiciones de vida del pueblo. De esta forma, en los albores del siglo XXI, había un clima de ebullición social, y especialmente juvenil, que llevaba a pensar nuevas formas de militancia y experiencias políticas.

Tal como hemos señalado en el apartado anterior, pensamos la participación política estudiantil universitaria como el cruce de los procesos de socialización, individuación y subjetivación en el que se conforma un proyecto de sujeto político y una voluntad militante (Camou, Prati y Varela, 2018). Así mismo adherimos a la hipótesis planteada por Camou, Prati y Varela, (2014) en el que estas trayectorias de estudiantes

universitario están principalmente atravesadas por las dinámicas específicas de la política institucional de su facultad de pertenencia y las lógicas propias del ámbito disciplinar, y en un segundo plano, por el papel que juega la política partidaria y socio-territorial. Siguiendo estas coordenadas teóricas, analizaremos las trayectorias estudiantiles que tuvieron una participación recurrente, sistemática y destacada en espacios de la vida política de la FaHCE-UNLP.

Estos espacios tienen un componente “novedoso”, “emergente” de participación que no eran las agrupaciones políticas ni (solamente) las asambleas estudiantiles tradicionales en las que, como es sabido, son conducidas por las agrupaciones partidarias. Sino un conjunto de pequeños espacios de participación “independiente”, referenciados mayormente por la pertenencia a la carrera (sociología, historia, ciencias de la educación, educación física, etc.) en el que estudiantes se autoconvocaban para discutir, dialogar, intercambiar, proyectar una agenda estudiantil propia, más allá de la que las agrupaciones estudiantiles desplegaban en los pasillos, en las tradicionales pasadas por cursos, pancartas, cartelería y otros espacios. Estos “mini” espacios de participación, veremos, irán creciendo cuali y cuantitativamente al calor de ciertos procesos “intrainstitucionales” o endógenos que van permitiendo mayores niveles de articulación y coordinación entre ellos y que tienen como telón de fondo y como marca de época una nueva etapa de politización en nuestro país y en la región referenciada en los gobiernos de nuevo signo (Feldfeber y Gluz, 2011) y en el *Ciclo de Impugnación al Neoliberalismo en América Latina* (Thwaites Rey y Ouviña, 2018).

Ubicamos temporalmente este proceso durante los años 2005-2012, período en el que comienza a ganar terreno en la escena universitaria la militancia política surgida al calor de los años 90 y expresada en el estallido social del 2001. En el año 2000, el brazo estudiantil del partido radical, la Franja Morada², había perdido el Centro de Estudiantes de la FaHCE frente a la agrupación estudiantil Unite, perteneciente a un partido de izquierda de extracción setentista, el Partido Comunista Revolucionario (PCR). UniTE, tuvo su primera derrota en el año 2005 a manos de la Agrupación AULE, referenciada políticamente en el Frente Popular Darío Santillán³. Sin embargo, rápidamente, en las elecciones siguientes del año 2006 UniTE volvió a recuperar el Centro de Estudiantes y lo condujo hasta el año 2010, cuando lo perdió a manos de la Agrupación Utopía, del Movimiento Nacional Latinoamericanista Estudiantil (MILES)⁴. Luego de dos años, y en el que veremos, será el corolario de un período de militancia intensa en la FaHCE, Utopía cae en manos de un frente de agrupaciones y *estudiantes independientes agrupados* conocido como El Frente. Así, nuestro período, en términos de la dinámica política estudiantil de la FaHCE, va desde la primera victoria de la Agrupación Aule hasta la derrota de la Agrupación Utopía a manos de El Frente.

De forma general y sin mayores extensiones podemos decir que durante los años noventa, pesó en la política universitaria la injerencia del contexto nacional, al fortalecerse la Franja Morada como oposición al menemismo y el rechazo a la sanción de la LES como eje aglutinador práctico y simbólico. La combinación del fracaso del

² Desde la recuperación de la democracia en 1983 hasta esta fecha, el Centro de Estudiantes de la FaHCE fue conducido por la Franja Morada. Solo en el 1987 el radicalismo estudiantil perdió las elecciones a manos de un frente electoral liderado por la Juventud Universitaria Peronista y el Partido Intransigente pero un año más tarde volvió a ganar las elecciones estudiantiles y recuperar el Centro de Estudiantes.

³ Organización social de herencia piquetera conformada por importantes Movimientos de Trabajadores Desocupados (MTD) del conurbano bonaerense y de grandes conglomerados urbanos del país.

⁴ Al igual que el Aule, Utopía tiene su origen como agrupación a mediados de los años 90 y compartía el espacio político de las agrupaciones “independientes”, “de base” y “de izquierda”.

gobierno de la Alianza, la emergencia del movimiento piquetero, la crisis de los partidos tradicionales, el auge de las teorías autonomistas en las organizaciones sociales, la multisectorialidad de las demandas y de los actores sociales en una sociedad partida y fragmentada luego de décadas de neoliberalismo, decididamente marcan una época en la política nacional y en la universitaria en particular hacia finales del siglo XX. El estallido del 2001 representó un límite a la barbarie neoliberal y luego de los asesinatos de Kosteki y Santillán en el año 2002, la suerte quedó echada para la emergencia de lo nuevo: Kirchner presidente en mayo de 2003 y una nueva etapa política en la Argentina.

El kirchnerismo tuvo una amplia gama de efectos e injerencias en el movimiento estudiantil, como lo afirman Pis Diez, Liaudat, D. y Liaudat, S. (2012), que fueron contradictorios, ambivalentes y sinuosos. Para los autores, esto se da porque el kirchnerismo, en sus inicios, era difícil de interpretar para gran parte del movimiento estudiantil, ya que, por un lado, se arrastraba la estructura de sentimiento (Williams, 1977) del argentinazo, y con esta mirada el kirchnerismo era la vuelta a “lo normal”, a la estabilidad -el lema de campaña de Néstor Kirchner en 2003 era “Un país Normal”-, a conservar las mismas políticas del menemismo a partir de surgir con el apoyo de Duhalde. Durante su gobierno, este rechazo se anclaba en sostener la LES -bandera de las luchas estudiantiles de los noventa-, y sus principios privatizadores que permitía la inserción de actores privados en la vida universitaria. Sumado al impacto en la comunidad educativa en general que tuvo el asesinato del docente Carlos Fuentealba a manos de la policía de la provincia de Neuquén. Sin embargo, la política de Kirchner tomaba banderas aglutinadoras de los años 60 y 70, la política e identificación con los movimientos de DD.HH.. Su gestión mostraba controlar y mejorar la economía, caía el desempleo, pero también, aumentaba el presupuesto en educación, se producían mejoras salariales sustanciales en los trabajadores universitarios, un aumento de las becas estudiantiles y una mayor valoración del desarrollo científico y tecnológico (Pis Diez, Liaudat, D. y Liaudat, S., 2012).

En este marco, en la FaHCE a partir de 2005 tuvieron lugar de manera simultánea, diversos procesos, que podemos enumerar. 1) En primer lugar, hubo una revitalización (y en algunos casos, fundación) de los espacios de las Comisiones por Carrera, que introdujeron en las diferentes carreras de la FaHCE nuevas formas de participación y militancia “orgánica” que tenía llegada a los órganos de cogobierno, a través de las delegadas que participaban en las Juntas Consultivas de los Departamentos. 2) Una expresión -en gran medida derivada de la experiencia de las comisiones- fue la creación de Intercomisiones, un espacio de coordinación de las diferentes Comisiones por Carrera que se fundó principalmente con un objetivo: la reforma del estatuto de las Juntas Departamentales, para que tengan una efectiva participación en las discusiones propias de los Departamentos. Dicho objetivo se logró en 2010, luego de ser llevado a consideración al Consejo Directivo y luego un año de debates entre los representantes de los diferentes claustros. 3) Asimismo, por aquellos años hubo un fuerte impulso a la construcción de diferentes espacios de debate académico en las carreras, que desde diferentes miradas confluían en la necesidad de discutir y disputar los fundamentos políticos y sociales de la formación disciplinar, para hacer de la universidad una institución democrática e inclusiva. Aquí nos referimos especialmente a los Encuentros por carrera, pero también hay que destacar experiencias construidas desde determinadas agrupaciones, el Foro Nacional de Educación para el Cambio Social⁵, o el Foro

⁵ Este evento era organizado por el ENEOB (Encuentro Nacional de Estudiantes en Organizaciones de Base), el brazo estudiantil de organizaciones piqueteras como El Frente Popular Darío Santillán, Marea

Latinoamérica Educa, de la agrupación Utopía que pertenecía al MILES (Movimiento Nacional Latinoamericanista Estudiantil). 4) Por último, la construcción de un conjunto de espacios que tuvieron una existencia más efímera y plantearon ejes menos claros, pero que en su conjunto también sirven como testimonio de este florecimiento del activismo en la facultad. Entre estas experiencias se cuentan las Asambleas por año que surgieron en la carrera de sociología entre 2007 y 2010, y otros espacios como el Colectivo Lanzallamas y la revista El Agitador Recontracultural. A continuación, analizaremos estas experiencias por separado.

- **1. Comisiones por carrera:** las Comisiones por carrera constituyen espacios abiertos de encuentro de los estudiantes de grado que existen en las diferentes carreras de la facultad, que se reúnen de manera semanal para abordar diferentes cuestiones que se consideran relevantes para la formación académica y disciplinar de los estudiantes. Sus orígenes datan de los primeros años del cambio de siglo, y si bien los objetivos y la dinámica de estos espacios ha variado con el tiempo, por lo general dichos espacios han estado ligados a la vida político-académica de los Departamentos, a través de representantes electos en las Juntas Departamentales, que resultan órganos interclaustrales que, en conjunto con los Directores de Departamento⁶, deciden sobre las cuestiones académicas y reglamentarias que hacen a la vida cotidiana de las carreras. Tradicionalmente los “delegados estudiantiles” han tenido participación activa en las Comisiones por carrera, espacios desde los cuales someten a consideración las discusiones y propuestas planteadas en el espacio de las Juntas, y coordinan posiciones colectivas para llevar a dichos espacios.

Hasta 2007, sin embargo, las comisiones constituían una institución todavía joven, con escaso desarrollo autónomo y en no todas las carreras estaban conformadas. La participación en las diferentes carreras era asimétrica, pero a grandes rasgos oscilaba entre espacios atravesados por una fuerte partidización, en los cuales los delegados estaban vinculados a diferentes agrupaciones y partidos políticos (ese era el caso de comisiones como las de Sociología e Historia), con otras que carecían de espacios de organización propios, y cuyos representantes eran usualmente elegidos a propuesta de las autoridades Departamentales o por la conducción del Centro de Estudiantes (como eran los casos en Departamentos como Lenguas Modernas y Educación Física). En ciertas carreras como sociología e historia, sin embargo, se había consensuado una regla: que al momento de la elección de delegados de las carreras las agrupaciones no presenten una lista por separado, sino que consensuen en el ámbito de “Asambleas por carrera” una lista unificada para presentar a elecciones, con el fin de fortalecer la posición de los representantes. La organización de estas asambleas estuvo a cargo de las comisiones por carrera, que las convocaban con anticipación a la presentación de las listas para las elecciones formales, y en la cual todos los asistentes eran libres de proponerse como delegado por carrera, luego de lo cual se sometían las postulaciones a una votación general a mano alzada que determinaba una única lista.⁷ Esta regla, se fue instalando como una práctica y un método de elección en cada comisión de estudiantes y resultó crucial para que, en el mediano

Popular, Quebracho, entre otras. En La Plata, se referenciaban en la COPA (Coordinación de Organizaciones Populares Autónomas) que en Humanidades era representada por el AULE.

⁶ Hasta la reforma de las juntas en el año 2010, las Juntas Consultivas Departamentales se componían de tres representantes del claustro de profesores/as, dos del claustro estudiantil, y uno del de graduados. Luego de la reforma, la representación pasó a ser de tres profesores/as, tres estudiantes y dos graduados.

⁷ La lista se conformaba por dos delegados titulares y dos suplentes, que se ordenan según el resultado de las votaciones y atendiendo a criterios de género (idealmente, un varón y una mujer titulares). A partir de 2011, luego de la reforma de las Juntas, comenzaron a elegirse tres delegados titulares y tres suplentes.

plazo, estas pudieran constituirse como espacios con una relativa autonomía, desarrollando un activismo propio y con potestad sobre les delegades por carrera, que a partir de entonces deberían someter sus posicionamientos al escrutinio de quienes activamente participaban de “la comi”.

Todavía en 2006, sin embargo, las cuestiones de agenda aparecían fuertemente vinculadas a actores y dinámicas impuestas por actores externos; basta como ejemplo recordar las asambleas por carrera que tuvieron lugar en dicho año para la elección de las listas de delegades que representarían a les estudiantes en las Juntas. Allí, las diferentes agrupaciones de la izquierda trotskista buscaron imponer un pronunciamiento de las comisiones en contra del entonces gobierno nacional de Néstor Kirchner. En asambleas como la de historia dicha moción se impuso; en otras, como en el caso de sociología, llevó tres encuentros de largos y acalorados debates entre el conjunto de las agrupaciones, para finalmente rechazar la moción tras una ajustada votación. Aun entonces, las asambleas por carrera funcionaban de un modo similar a las asambleas generales convocadas por el Centro de Estudiantes: como un espacio en el que se dirimían los grandes posicionamientos políticos y las relaciones de fuerzas entre las agrupaciones.

A pesar de ello, en 2007 comenzó a gestarse un fenómeno de renovación del activismo en las comisiones, impulsado por una nueva generación de estudiantes que no se veían representades en las agrupaciones mayoritarias de la facultad, y que al elegir a las comisiones como su espacio activo de militancia optaron por un tipo de participación que progresivamente les vincularía de otra manera a las dinámicas político-institucionales de la facultad. En este sentido, si bien determinadas agrupaciones -como Utopía, Aule y en menor medida, la Juventud Guevarista- acompañarían y participarían de este proceso, aportando militantes que se plegarían a las nuevas dinámicas propuestas por las comisiones, lo novedoso es el desarrollo de una nueva militancia, que sin lealtades partidarias a priori contribuiría a consolidar un espacio con agenda y debates propios, y que marcarían la experiencia de militancia de dicha generación.

En este sentido, con especial énfasis en Sociología, Historia, Ciencias de la Educación, Filosofía, Geografía, y con posterioridad en carreras como Letras, Lenguas Modernas y Educación Física, las comisiones por carrera se conformaron como espacios institucionales por derecho propio, que aun con sus matices tenían presencia y difusión en las diferentes carreras, y que se hallaban abiertas a la participación de quien desee problematizar los debates propios de la vida académica e institucional de los departamentos. Estos debates incluían la selección y designación interina de cargos docentes, la promoción de cargos docentes, el llamado a concursos de oposición y antecedentes, la selección de jurados y evaluadores de tesinas de licenciatura, la discusión y reforma de los planes de estudios, la discusión sobre las reglamentaciones departamentales, y la firma de convenios con diferentes instituciones, entre los más importantes. Si bien hasta 2010 la resolución de estos temas era prerrogativa de las autoridades departamentales (y, en última instancia, del Consejo Directivo de la facultad⁸), existió desde la gestión de la facultad y de los Departamentos una política de apertura y diálogo frente a estas nuevas militancias⁹, que imprimió a las Juntas de un

⁸ Estatutariamente el Consejo Directivo constituye la instancia última de decisión en materia académica e institucional en las diferentes facultades de la UNLP, así como el Consejo Superior representa la autoridad a nivel universitario. Llamado “Honorable Consejo Académico” hasta la reforma del estatuto de la UNLP de 2008, el Consejo Directivo es un órgano colegiado de cogobierno que está compuesto por 7 docentes, 5 estudiantes, 1 representante de los JTP, dos representantes graduados, y un representante no docente.

⁹ Es necesario destacar que, con anterioridad, muchos de les delegades pertenecían a agrupaciones que planteaban un rechazo abierto a la intervención activa en la política departamental desde el ámbito de las

dinamismo que hasta entonces era poco frecuente. Con especial énfasis desde fines de 2008 -año en que se renovaron les delegades y una nueva generación comenzó a participar activamente de las Juntas-, estas se convirtieron en un espacio de diálogo y disputa atravesado por intensos y acalorados debates entre los claustros, en donde en la práctica se decidía el rumbo de las políticas académicas e institucionales que se seguían cotidianamente a nivel departamental.

Un caso interesante de destacar es el que se llevó adelante en la carrera de Educación Física. Decimos interesante por las particularidades que hacen a la carrera de Educación Física: una carrera masiva, de gran matrícula, su variedad en la composición de ese estudiantado, sus espacios de cursadas en otros edificios, ciertas tradiciones disciplinares más conservadoras y autoritarias (que en la FaHCE eran minoritarias pero perduraban), un cierto sentido común en torno a “ser profe” o deportista, entre otros elementos, dan cuenta de su complejidad al momento de analizar la “politicidad” o el “activismo político” de su estudiantado. La creación de la comisión de estudiantes de Educación Física puede fecharse en el año 2009, más particularmente a partir de octubre, en el que un grupo de estudiantes avanzados de la carrera y con claras inquietudes académicas y disciplinares, convocaron a organizar la asistencia a un congreso en la provincia de Córdoba en la ciudad de Río Cuarto. Más de 50 estudiantes viajaron ese año al Congreso y representó el primer antecedente de lo que poco tiempo después asumiría el nombre de comisión de estudiantes de Educación Física (EF). Estos viajes fueron una marca de la comisión de EF al punto que se organizaron viajes a Congresos en San Carlos de Bariloche, en la Universidad del COMAHUE, a Montevideo, Uruguay a la Universidad de la República, entre otros. Esto permitió, por un lado, ir conformando una masa de estudiantes críticos, con grandes inquietudes y proyecciones académicas y desarrollar una filiación institucional, especialmente con el Departamento de Educación Física y el claustro de profesores de EF.

Por otro lado, la conformación de la comisión de estudiantes de EF también habilitó un espacio en el que las agrupaciones estudiantiles (aquellas que tenían reconocimiento en el estudiantado de Educación Física) debían, al menos, moderar sus posiciones y ceder protagonismo a estas nuevas voces “independientes” que se preocupaban por la formación académica. Esto le otorgaba a la comisión de EF ciertas licencias con el estudiantado en general para convocarlos sin una intención partidaria/eleccionaria. Otro cuestión que habilitó la creación de este espacio fue la posibilidad de tejer relaciones con las otras comisiones por carreras que tenían mayor trayectoria y con un proceso de organización y conquista como había sido la reforma de las Juntas Consultivas. Finalmente, un elemento importante en la conformación de este espacio, fue el lugar que las agrupaciones “independientes”, a través de sus charlas, foros, talleres, paneles, le dieron a la Educación Física. De esta manera, el Foro de Educación para el Cambio Social, un evento que convocaba a centenares de estudiantes de todo el país, contaba con un espacio de encuentros de estudiantes de Educación Física, talleres sobre deporte y cambio social, recuperación de juegos ancestrales, historia crítica del deporte, entre otras en el que les estudiantes eran convocados.

Para el año 2011 les estudiantes de la comisión de educación física habían no solo viajado a determinados congresos sino que participaban activamente en el espacio de intercomisiones, en las asambleas de la facultad, se empezaba a gestar el 1° Encuentro

Juntas, dado que consideraban que era una instancia antidemocrática que no debía legitimarse con su participación. De modo tal que su ocupación de esos órganos tenía por objetivo acumular espacios de referencia al interior del claustro estudiantil, y su intervención en las Juntas solo se plantaba como escenario de denuncia política.

Nacional de Estudiantes de Educación Física, participaba de la reforma de su plan de estudios y tenía su representación “orgánica” en la JAD.

Quizás el hecho más significativo de lo que fue la conformación de este tipo de espacios autoconvocados que consolidó una manera de participación en la FaHCE fue cuando se debían renovar las representaciones a las JAD en el año 2013. Como hemos mencionado, las comisiones habían definido una forma política de cómo iban a surgir los candidatos del claustro estudiantil y cuál su mecanismo: presencia y voto a mano alzada, de allí saldrían los tres titulares y los tres suplentes. Para fines del año 2012, la comisión de educación física había elegido sus candidatos en reunión de comisión en los mecanismos legitimados por el activismo y la militancia estudiantil. Sin embargo, a pocas horas del cierre de la presentación de las candidaturas, la agrupación en el Centro de Estudiantes, Utopía, presentó una lista propia con estudiantes de EF. El saldo fue una elección de JAD con un despliegue militante similar a las elecciones de Centro de Estudiantes pero lo interesante de destacar es la movilización que generó en el activismo militante que no dudó en apoyar, a través de comunicados y en asambleas, a la lista nacida de la comisión de EF. Al finalizar la jornada eleccionaria la lista de la comisión fue vencedora y ello marcó un verdadero hito en la construcción política y lógica de participación en estos espacios.

Estas nuevas formas de participación favorecían un tipo de militancia que presentaba rasgos novedosos, en la medida en que, a contramano de las agrupaciones estudiantiles que planteaban una acumulación en base a ejes formulados a priori y agendas políticas nacionales, desde las comisiones existía un renovado interés en construir y disputar las agendas político-académicas departamentales, desde una posición de diálogo con los demás claustros y las autoridades. Y si bien estos espacios frecuentemente contaban con la participación activa de diferentes agrupaciones, estas militancias supeditaban su intervención a las discusiones y agendas definidas en las Juntas y el propio espacio de las Comisiones. Desde aquí se desarrollaba un nuevo tipo de “organicidad”, que no expresaba una línea política definida a priori sino que establecía metas y objetivos específicos consensuados en el espacio, que luego se llevaban a discusión en las instancias de cogobierno. El objetivo, según se planteaba, era avanzar hacia una “democratización” de la universidad, haciendo eje tanto en los órganos de gobierno y cogobierno de la facultad como en los propios espacios de participación estudiantiles, ya que se partía del balance de que las instancias de representación tradicionales no alcanzaban a expresar las ideas y demandas de los estudiantes. Sin embargo, el sentido específico del término “democratización” no tenía un contenido doctrinario claramente determinado, sino que era definido en virtud del debate cotidiano entre los integrantes de las comisiones.

Como en toda organización, las comisiones adquirieron diferentes grados de complejización, estableciendo referentes y responsables de diferentes áreas (como la comunicación interna, la difusión externa, y la organización). Esta diferenciación de roles y responsabilidades, sin embargo, era renegociada cotidianamente, y las diferentes actividades se llevaban adelante eran pautadas en el espacio de la reunión que se pautaba semanalmente, así como en asambleas y reuniones plenarias que eran convocadas por la comisión. Ello implicaba una modalidad de participación que en la tipología de Camou, Prati y Varela (2014) podría ser caracterizada como “activa”, y por ende diferente al “votante” pasivo, pero que al mismo tiempo no encajaba plenamente con la figura de participación “militante”, ni con el modelo del “adherente” que los autores definen, como retomaremos posteriormente.

Luego de la reforma de las Juntas en el año 2010 (que analizaremos a continuación), y aun con sus diferencias en las diferentes carreras, las comisiones mantuvieron este modelo de participación en años posteriores, promoviendo un tipo participación orgánica “independiente” de las agrupaciones o partidos específicos, y vinculadas estrechamente a los debates promovidos en los ámbitos departamentales. Esta modalidad se mantiene al día de hoy, y si el Centro de Estudiantes constituye la instancia de representación gremial del claustro estudiantil a nivel facultad, las comisiones se han consolidado como espacios de representación estudiantil a nivel departamental, constituyendo una referencia ineludible para quienes quieran debatir e incidir sobre sus propias carreras.

- **2. Intercomisiones:** hacia fines del 2008, luego de la elección de los representantes para las Juntas Departamentales, las comisiones comenzaron a trazar un espacio de coordinación entre las mismas, que fue llamado “Intercomisiones”. Si bien desde un comienzo la coordinación se planteó sobre la base de una agenda abierta, en la cual se plantearían diferentes temas a discusión, el objetivo principal fue llevar adelante un reclamo que era considerado histórico en la Facultad de Humanidades: la reforma de las Juntas Departamentales.

Como se ha comentado, las Juntas constituían un órgano colegiado interclaustro que anteriormente tenía un carácter meramente consultivo: servían como una instancia de apoyo a las autoridades de los diferentes Departamentos, que reglamentariamente tenían la facultad de no atender a las resoluciones que allí se tomaban. Avanzar en la democratización de esos espacios, para las militancias estudiantiles de la facultad, consistía en convertir a dichos órganos en instancias resolutorias. Por ese entonces, el eje “por Juntas resolutorias” no solo era un reclamo de quienes participaban de las comisiones, sino que aparecía incluido en la mayoría de las plataformas electorales que las agrupaciones presentaban a cada fin de año para las elecciones a Centro de Estudiantes. La dificultad de este reclamo estribaba en que, según el estatuto de la universidad, las instancias resolutorias constituían los Consejos Directivos de las respectivas facultades, de modo tal que, en última instancia, ningún órgano de jerarquía menor podía pasar por encima de dicha autoridad. Conscientes de ello, militantes de la comisión de Sociología esbozaron una nueva reglamentación que hacía de las Juntas una instancia subordinada no a la autoridad departamental, sino con autonomía para decidir la política departamental, pero que al mismo tiempo respondía, en última instancia, al Consejo Directivo de la facultad. Al mismo tiempo, proponía una representación igualitaria entre los diferentes claustros (tres representantes para cada claustro: profesores/as, graduados y estudiantes), y planteaba una discusión sobre el mecanismo de elección del Director del Departamento (que era designado por el Consejo a propuesta del Decano de la Facultad). Esta propuesta se basaba en una investigación previa, que tomaba como ejemplos las reglamentaciones de otras facultades de la UNLP (como la de la Facultad de Ciencias Exactas), así como de otras universidades que contaban con órganos de cogobierno a nivel de las carreras.

La propuesta se sometió a discusión del espacio de Intercomisiones, que se formó a partir de una coordinación entre las Comisiones de Sociología e Historia y fue progresivamente ampliándose, para incorporar a representantes de Filosofía, Ciencias de la Educación, Geografía, Educación Física, Lenguas Modernas y Letras. Luego de un año de debates al interior de dicho espacio, que se realizaban mientras se buscaba en paralelo tender puentes con los demás claustros a nivel departamental, Intercomisiones decidió intervenir en las elecciones a Decano que se tendría lugar a comienzos de 2010, coordinando con las agrupaciones más importantes de la facultad -especialmente las que

tenían representación en el Consejo Directivo, UniTE y Utopía- para que el reclamo de la reforma de las Juntas se convirtiera en un eje del conjunto del claustro estudiantil en las elecciones de autoridades. Esto acabó por consolidarse en una Asamblea estudiantil convocada por el Centro de Estudiantes (que entonces era UniTE), en la que la propuesta de Intercomisiones fue refrendada. Al mismo tiempo, se plantearon reuniones entre los representantes de Intercomisiones y el candidato a Decano, quien hasta entonces había sido Vicedecano, Aníbal Viguera. Viguera se mostró receptivo a la propuesta estudiantil, abriendo un espacio de diálogo que continuaría luego de la elección de Decano.

La Comisión de Reforma de las Juntas se reunió quincenalmente a lo largo del año 2010, reuniendo a cinco representantes por los claustros de profesores/as, graduados y estudiantes, más un representante no docente. Tres de los representantes estudiantiles fueron elegidos en el ámbito de Intercomisiones, mientras que los otros dos correspondieron a representantes estudiantiles del Consejo Directivo, por la mayoría (UniTE) y la minoría (Utopía), quienes secundaron a Intercomisiones en el proceso. Entre mayo y noviembre de 2010 se sucedieron diferentes reuniones de la Comisión de reforma, en las cuales se discutían los criterios de la nueva reglamentación. Entre reuniones formales y diálogos informales que los representantes estudiantiles fueron estableciendo con los representantes de los diferentes claustros (especialmente, con el claustro de graduados), se fue consensuando una propuesta unificada. Un nuevo reglamento que haría de la Junta una instancia que, en conjunto con los Directores/as de Departamento, resolvería sobre las cuestiones centrales de la política departamental, y asesoraría al Consejo Directivo cuando correspondiere. Al mismo tiempo, se coordinó una representación más igualitaria, que comprendería tres representantes por el claustro de profesores/as, tres por los estudiantes, y dos graduados. Por último, la elección del Director de Departamento continuó siendo prerrogativa del Decano y el Consejo, pero se planteó que las agendas de gestión de los Directores debían ser en adelante consensuadas en conjunto con las Juntas. La propuesta se sometió a votación en el Consejo Directivo el 17 de diciembre de 2010¹⁰, fue unánimemente votada, y constituye una reglamentación que actualmente se haya vigente.¹¹

Este relato permite ilustrar el recorrido de este nuevo tipo de activismo que tuvo lugar a partir de 2007 en la facultad, que inicialmente consistió en un conjunto de estudiantes que, descontentos con los espacios de militancia existentes hasta el momento, decidieron sumarse a las comisiones por carreras, dotándoles de un fuerte impulso que las convirtió en espacios de referencia en las carreras, y que favoreció un tipo de participación orgánica diferente. Estos espacios, sin embargo, trascendieron la propia dinámica departamental, a través de un esfuerzo de coordinación que les dio un protagonismo inusitado en la agenda político-institucional de la facultad, llevando adelante una reforma que transformó en adelante los órganos de representación de los diferentes claustros, poniendo en funcionamiento una Junta con una estructura más democrática y con poder decisión real en la política departamental. En muchos casos, esto implicó hacer *de derecho* una situación que ya era *de hecho* (por voluntad de las

¹⁰ Es necesario destacar que, con anterioridad, muchas de las delegadas pertenecían a agrupaciones que planteaban un rechazo abierto a la intervención activa en la política departamental desde el ámbito de las Juntas, dado que consideraban que era una instancia antidemocrática que no debía legitimarse con su participación. De modo tal que su ocupación de esos espacios tenía por objetivo acumular espacios de referencia al interior del claustro estudiantil, y su intervención en las Juntas solo se plantaba como escenario de denuncia política.

¹¹ En el siguiente enlace se transcribe el discurso leído por el representante de Intercomisiones en el Consejo Directivo del 17/10, previo a la votación del nuevo reglamento: <http://intercomisiones.blogspot.com/>

autoridades departamentales). Esto, sin embargo, permitió zanjar un reclamo que se consideraba histórico para el claustro estudiantil, consensuando con los demás claustros un punto de partida que hace de la FaHCE al día de hoy una institución realmente cogobernada y comprometida con sus procesos de democratización.

- **3. Encuentros por carrera:** los encuentros estudiantiles nacionales por carrera no eran frecuentes antes de 2005¹², y menos en la FaHCE, donde solo los estudiantes de Geografía participaban del Encuentro Nacional de Estudiantes de Geografía (ENEG) desde el año 2000. A partir de esos años, sin embargo, se irían fundando diversos encuentros nacionales: el Encuentro Nacional de Estudiantes de Lenguas y Letras (ENELL) desde 2005, el Encuentro Nacional de Estudiantes de Filosofía (ENEF) desde 2006, el Encuentro Nacional de Estudiantes de Sociología (ENES) y el Encuentro Nacional de Estudiantes de Ciencias de la Educación (ENECE) desde 2007, y posteriormente tendría lugar el Encuentro Nacional de Estudiantes de Educación Física (ENEFE) en 2013 (en el caso de Historia, las Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia que existen desde 1987 ocupan ese espacio, constituyendo un espacio de encuentro que reúne a los estudiantes de esa carrera de todo el país; sin embargo, a diferencia de los demás encuentros, este resulta un congreso interclaustro y organizado institucionalmente).

Estos encuentros se convocaban anualmente, duraban de tres a cuatro días, y presentaban importantes novedades: en primer lugar, más allá del apoyo institucional que podían tener, estaban íntegramente organizados por estudiantes de las diferentes universidades nacionales. Para ello se conformaron diferentes “regionales”, grupos de estudiantes de las respectivas universidades para organizar y coordinar el encuentro. La organización de las mesas, ejes de debate y actividades se pautaban en diferentes instancias de coordinación que establecían los diferentes regionales, que podían desarrollarse a través de medios de comunicación virtuales (correo electrónico y redes sociales), “pre-encuentros” a los que asistían “delegados” de los regionales, o desde instancias organizadas como la Federación de Estudiantes de Geografía. Y si bien existían matices según cada encuentro, uno de los objetivos propuestos era la necesidad de establecer lógicas de organización “más horizontales” que los congresos y jornadas académicas, suponiendo que estos espacios presentaban formatos demasiado rígidos y jerárquicos en su organización y composición. La necesidad de “romper” con las lógicas de producción de conocimiento tradicionales y proponer formas de organización de nuevo tipo se inspiraba en diferentes fuentes, como el modelo de educación popular freireano y los preceptos del “movimiento autónomo” que ya hemos enunciado.

Más allá de los encuentros propiamente dichos, que tenían lugar una vez al año, lo que estos espacios introdujeron en nuestra facultad es la creación de espacios “de base” organizados por carrera. Salvo en el caso del ENELL donde la presencia de la agrupación estudiantil AULE era determinante e identitaria del encuentro, los demás encuentros por carreras permitieron la construcción de nuevos espacios de organización, que

¹² Como indican Pis Diez, Liaudat D y Liaudat S. “antes de 2000 sólo existieron cinco encuentros nacionales por carrera (Agronomía, Enfermería, Bellas Artes, Veterinaria, Trabajo Social), mientras que en un período de apenas diez años se generaron alrededor de veinte encuentros o Federaciones por Carrera, la mayoría con continuidad hasta el día de hoy: Geografía desde 2000; Comunicación Social y Biología desde 2003; Psicología en los años 2003 y 2009; Lenguas y Letras, Física y Turismo desde 2005; Filosofía e Ingeniería desde 2006; Sociología y Ciencias de la Educación desde 2007; Teatro desde 2009; Ciencias Políticas y Relaciones Internacionales, Astronomía y Química desde 2011. Además, desde 2007 se realizan las Jornadas de Economía Crítica y las Jornadas de Derecho Crítico en cuya organización participan agrupaciones independientes. Finalmente, en septiembre de 2012 va a realizarse el primer encuentro de estudiantes de Terapia Ocupacional” (Liaudat D., Liaudat S. y Pis Diez, N., 2012, p. 56).

construyeron una identidad y una dinámica propia a través del desarrollo de reuniones semanales y diferentes actividades que se fueron proponiendo. Entre estas actividades estaba la organización de diferentes asambleas y plenarios que permitían, bien sea planificar las mesas y ejes del encuentro, o bien avanzar en determinados tópicos y debates que se proponían desde la coordinación del encuentro.

En estos diferentes espacios se fue gestando un tipo de sociabilidad militante que también planteaba tensiones en relación los diferentes modelos establecidos previamente por Camou, Prati y Varela (2015). En este sentido, creemos posible postular aquí también la existencia de una nueva tipología de militancia y de organicidad que de a poco fue configurando un “ethos” distinto -cuestión que retomaremos posteriormente-. Si bien este fenómeno tenía muchos puentes con la revitalización de las comisiones (incluso, en muchos casos, estas dos instancias se superponían), estas últimas tenían una vinculación más directa con las agendas institucionales planteadas a nivel departamental, dado que participaban directamente del espacio de las Juntas. En el caso de los encuentros, en cambio, si bien existieron debates referidos a la formación curricular de las diferentes carreras de la facultad, el objetivo era más bien “apropiarse” de las diferentes disciplinas, articulando espacios desde los cuales sea posible incorporar nuevas miradas y perspectivas que pongan en práctica los conocimientos adquiridos por los estudiantes, y discutir en torno a los sentidos de su propia práctica profesional. Era frecuente, en ese sentido, hablar de “una sociología” o “una geografía”, que esté puesta “al servicio del pueblo”.

- **4. Otras experiencias:** el hasta aquí llamado proceso de “florecimiento del activismo” tuvo otras expresiones, que en algunos casos tuvieron una existencia más corta en la facultad, y en otros buscaron trasvasar las fronteras de la institución. Un ejemplo de ello es el fenómeno que tuvo lugar en las carreras de sociología entre 2007 y 2009, en donde surgieron asambleas autoorganizadas de estudiantes de diferentes años de la carrera.

2007 fue un año de mucha conflictividad a nivel universitario, en tanto tuvo lugar la Asamblea Universitaria¹³ cuyo fin era la reelección de su máxima autoridad, el Presidente Gustavo Azpiazu. Esta elección contó con la oposición de la mayoría de las agrupaciones estudiantiles y Centros de Estudiantes nucleados en la Federación Universitaria de La Plata¹⁴, que planteaban la necesidad de discutir en la Asamblea una reforma del estatuto (que finalmente se llevaría a cabo en 2008). La FULP y las agrupaciones impidieron que la Asamblea sesione, lo que escaló el conflicto hasta el punto en que las autoridades terminaron realizando la elección en el municipio de 25 de Mayo, en un colegio rural. En nuestra facultad se sucedieron intensos debates en las aulas, entre las agrupaciones que pasaban a informar de los sucesos y a convocar a los estudiantes a las movilizaciones, los docentes y los propios estudiantes. Las cursadas frecuentemente se convirtieron en escenarios en los cuales se discutía tanto los ejes y reclamos planteados por la militancia organizada, como el rol de los estudiantes en el conflicto, denotando en ocasiones una brecha entre las agrupaciones y los estudiantes. Eso inspiró a un gran número de estudiantes que habían ingresado en 2006 a la carrera de

¹³ La Asamblea Universitaria es la instancia máxima de decisión que existe en la Universidad Nacional de La Plata, y se reúne solo con el fin de modificar el estatuto de la universidad y elegir al Presidente.

¹⁴ La Federación Universitaria de La Plata (FULP) constituye una organización que articula al conjunto de los Centros de Estudiantes que conforman la UNLP. Sus autoridades se eligen anualmente en un congreso convocado a tal fin, en el que las diferentes agrupaciones establecen alianzas sumando sus “congresales” que son proporcionales a la cantidad de votos obtenidos en cada facultad; la agrupación o alianza que obtenga más congresales se convierte en la Presidencia de la FULP.

Sociología y que en su mayoría cursaban el segundo año, a continuar el debate por fuera de las aulas. La “Asamblea de Segundo” se reunió semanalmente y luego de forma quincenal a lo largo del año, constituyendo un espacio de debates que sirvió como instancia de politización de una generación de estudiantes, así como de construcción de nuevos vínculos. Mucha de esta efervescencia fue luego canalizada por distintos espacios, fundamentalmente el ENES, pero también la Comisión de Sociología y las agrupaciones estudiantiles.

En 2008 se dio un fenómeno similar. En virtud de la nueva Asamblea Universitaria que se reunió en octubre de dicho año para reformar el Estatuto de la UNLP, en agosto un conjunto de estudiantes de sociología del segundo año (que ingresaron en 2007) utilizaron el espacio de cursada para debatir sobre las características y pormenores de la reforma. Conformaron un espacio asambleario, y comenzaron a instruirse sobre los debates y propuestas que los diferentes actores universitarios venían planteando en las comisiones de debate establecidas para la reforma (instituidas en la Asamblea del 2007). Llegaron incluso a organizar, en conjunto con el Centro de Estudiantes, una jornada de información y discusión sobre la reforma, abierta a los estudiantes de toda la facultad y con presencia de los representantes estudiantiles del Consejo Directivo (a la sazón asambleístas que participarían de la reforma). Luego de la Asamblea Universitaria la experiencia finalizaría, pero la mayor parte de sus participantes continuarían su militancia en otros espacios de la carrera.

También hacia fines de 2008 un grupo de estudiantes del primer año de Sociología que habían asistido al segundo ENES (realizado en Santiago del Estero entre el 30 de agosto y el 1° de septiembre de dicho año), siguiendo el ejemplo de las asambleas por año, formaron un grupo de discusión que dio en llamarse “La Milonga de Primero”. A diferencia de las anteriores dos asambleas, que surgieron a partir de debates específicos ligados a la coyuntura, y que en sus comienzos contaron con una participación muy amplia (movilizando a la mayor parte de los estudiantes que cursaban la carrera) “La Milonga” se formuló como un grupo más reducido y sin un eje tan claro, aunque con una mayor cohesión en términos ideológicos y organizativos (fuertemente marcados por la experiencia del ENES). La actividad más importante que organizó fue el debate electoral de 2008, una jornada abierta realizada en noviembre en la que se invitó a que las agrupaciones presentaran sus plataformas políticas y respondieran preguntas formuladas por los estudiantes, que contó con una gran convocatoria y la participación de la totalidad de las agrupaciones. Sin embargo en 2009, cuando dichos estudiantes cursaban el primer cuatrimestre del segundo año de la carrera, un conflicto desencadenado en la cursada de Teoría Social Clásica I sobre el sistema de evaluación propuesto por la cátedra, dio lugar a la formación de una nueva Asamblea de segundo, que se reunió a lo largo de varios encuentros. Durante gran parte del año el espacio se conoció informalmente como “la Milonga/Asamblea de Segundo”, dando cuenta de una ampliación del grupo inicial, para finalmente volver a ser “La Milonga” a secas.

Una constante en dichos años fue el intento de construir puentes e instancias de coordinación entre los diferentes espacios que se consideraban “independientes” (es decir, organizados pero no pertenecientes a una agrupación política). En 2009 la Milonga coordinó una jornada de debate sobre “participación estudiantil” en conjunto con el ENES, la Comisión y los espacios asamblearios por año. Al mismo tiempo tuvieron lugar varias reuniones y encuentros entre “delegados” de los diferentes espacios para coordinar actividades específicas, y debatir diversos ejes o problemáticas que iban surgiendo.

Asimismo, las “fiestas de sociología” de “calle 48”¹⁵, organizadas por el regional La Plata del ENES pero que contaban con la participación de los diferentes espacios de la carrera, constituían el espacio de socialización por excelencia entre estas experiencias. Usualmente contaban con una gran concurrencia, e implicaba un gran esfuerzo de coordinación para la realización de las diferentes actividades de organización y difusión de los eventos. En su conjunto, estas actividades introducían a las nuevas generaciones a la militancia y forjaban un fuerte vínculo, asentado sobre una concepción de auto-organización horizontal y democrática, planteando un horizonte de construcción política que difería del que habitualmente suponían las militancias tradicionales.

Estas experiencias tuvieron importantes nexos con otras, como el Colectivo Lanzallamas, una organización que se formó en 2006 compuesta por estudiantes de sociología que ingresaron entre 2004 y 2005, y que tuvo un rol fundamental en la creación del Primer ENES del año 2007. “Lanzallamas” constituyó un espacio que, planteando críticas a las formas tradicionales de construcción del conocimiento que caracterizaban a la institución universitaria, se planteó practicar “otro tipo de sociología”. En este sentido, puso en marcha diferentes actividades, como talleres de encuentro y reflexión sobre temáticas de su interés (el tema más abordado era la violencia de género, aunque también participaron de actividades sobre pobreza infantil), e incluso en 2008 participaron de las V Jornadas de Sociología de la UNLP, coordinando una mesa especial sobre violencia de género. Con frecuencia el colectivo realizaba sus actividades en centros culturales, como el “Chilo Zaragoza” y “En Eso Estamos”, que constituyeron espacios de encuentro político y cultural entre diferentes militancias, especialmente entre estudiantes de sociología. Si bien Lanzallamas planteó una forma de organización asamblearia similar a las que hemos listado hasta aquí, buscó consolidarse por fuera de la UNLP como un espacio agrupado, que buscó intervenir en diferentes debates y reclamos de la militancia platense desde una voz propia.

Otras experiencias que podemos consignar aquí son el “Cómplices Colectivo”, un espacio que surgió en 2007, impulsado por estudiantes de sociología del tercer año, que inicialmente se planteó como un espacio con un fin más académico que político, planteando espacios de discusión de temáticas abordadas en la carrera que posteriormente se plasmaron en otras instancias institucionales (participaron de un proyecto de extensión y de las Jornadas de Sociología). “El Agitador Recontracultural” fue también una expresión de este fenómeno: una revista política y cultural que comenzó a publicarse en 2007, fundada por un grupo de estudiantes de sociología que también cursaban el tercer año de la carrera (algunos de los cuales también participan de “Cómplices”), aunque abierta a otras disciplinas (centralmente, historia y periodismo). La revista se propuso como un modo de divulgación de las producciones académicas de los estudiantes, contó con apoyo institucional de la Facultad y sacó dos números (en 2007 y 2008), que tuvieron una importante circulación entre los estudiantes de la carrera.

El fenómeno de la divulgación tuvo otras expresiones, como la revista “Voces”, de la Comisión de Historia en 2005, y “La Jaula de Hierro”, de la Comisión de Sociología en 2012, que constituyeron nuevos canales de participación y expresión de los estudiantes de las carreras. A nivel facultad también podemos destacar el periódico semanal “Artículo 14”, una publicación coordinada entre militantes de la Juventud Guevarista y estudiantes independientes, que entre 2008 y 2009 ocupó el lugar de “prensa” en la militancia estudiantil de humanidades. El éxito del mismo llevó a otras publicaciones, patrocinadas

¹⁵ Antes de su mudanza al municipio de Ensenada, la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación tenía su edificio en calle 48 entre 6 y 7, y diferentes espacios y agrupaciones de la facultad utilizaban el espacio para organizar fiestas.

por distintas agrupaciones, como “El Mate” (difundido por la agrupación Lupas en 2009) o “Juguetes perdidos” (de la Juventud Guevarista). Entre 2009 y 2010, estas experiencias coincidieron con la progresiva difusión que iban teniendo las redes sociales, especialmente Facebook, que a partir de aquellos años se fue instalando como medio de comunicación privilegiado (especialmente en virtud de los “grupos”, que constituían tanto espacios de coordinación y organización, como foros para la polémica y la discusión entre las militancias). En su conjunto, estas diversas expresiones fueron consolidando una “micro esfera pública” para la militancia de humanidades, que reunía tanto a les militantes organizados en agrupaciones como a las experiencias “independientes” que hemos venido enumerando.

Si retomamos la idea de Naishtat y Toer (2005) en Camou (2012) en el que la participación es lo que permite el acceso a información relevante de la vida política estudiantil, en el proceso que estamos analizando esta relación se complejiza y, a la vez, se torna en un elemento fundante de su condición. Fundante porque hemos visto que a partir de la participación en los diferentes espacios que iban creando, organizando, emergiendo circulaba información que a estes activistas le permitía no solo conocer a las agrupaciones políticas y sus identificaciones ideológicas, alianzas, afinidades y distancias con otras agrupaciones, sus reivindicaciones sectoriales o gremiales; sino también acceder a información sobre la propia carrera como podían ser: reformas o modificaciones al plan de estudios, designaciones docentes, acceso a los cursos de ingreso, a los jurados de concursos, información institucional del campo disciplinar, información que en otro momento circulaba entre la militancia organizada en el centro de estudiantes y en las “paredes de cada dpto.”; la información que circulaba entre estxs estudiantes activistas se tornaba, a la manera bourdiana, en un gran capital simbólico, que le permitía circular por otros espacios como los de la militancia partidaria o movimentista, el Departamento Docente y asumir cierta representación entre sus compañerxs de carrera.

En líneas generales, este conjunto de experiencias dan cuenta de un nuevo tipo de militancia que desbordó con creces las formas tradicionales de hacer política en la facultad, vinculadas al mundo de las agrupaciones y partidos estudiantiles. Imbuida de determinadas concepciones difundidas en la época, ligadas al “autonomismo” y al discurso de los “nuevos movimientos sociales”, e implicada en diferentes acontecimientos que suscitaban gran conflictividad (tanto a nivel nacional como -especialmente- a nivel universitario). Esta generación se abrió paso construyendo nuevos espacios y nuevas dinámicas a través de las cuales expresarse, estableciendo asimismo vasos comunicantes que permitían construir un fuerte lazo comunitario entre las diferentes experiencias.

A la salida de la década de los '90, Pedro Krotsch (2002) planteó que la partidización era una de las deudas pendientes de la universidad pública argentina, afirmando que para lograr una verdadera autonomía de la institución, era necesario “despartidizar para politizar”, “lograr una preocupación fuerte por los intereses de la polis, de la ciudadanía”. En su trabajo, Camou, Prati y Varela (2014) retoman esta preocupación, postulando que ha existido una “metamorfosis de la representación”, que es visible en la existencia de un fuerte activismo que “parecería ensamblarse adecuadamente con la relativa autonomía político-ideológica de la universidad” (p. 22), que los autores trabajan a partir de la existencia de diferentes “brechas” (que ya hemos abordado). En este sentido, se interrogan si la universidad es hoy un agente socializador de los estudiantes, “ya sea mediante el funcionamiento institucional que la caracteriza, ya sea mediante los rasgos comunes y distintivos que adoptan las diversas formas de

conocimiento que la atraviesan” (p. 23). Creemos que recuperar la experiencia de las Comisiones e Intercomisiones constituye un aporte para resolver este interrogante, que debe ser ampliado en futuras indagaciones. La existencia de un activismo no partidizado, organizado en torno a un conjunto de preocupaciones que refieren directamente a su formación académica, que participan activamente de la dinámica académica e institucional de la facultad, y que ha engendrado nuevas instancias de coordinación para reformar las estructuras de cogobierno de la facultad, nos permite postular la formación de una “ciudadanía universitaria” en ciernes, en el sentido que refería Krotsch, un activismo que se ha involucrado activamente en los asuntos de la polis, apropiándose de la institución universitaria y proponiéndose participar activamente de su construcción.

Con los años el impulso de estas militancias fue menguando, parte de ellas continuó apuntalando espacios ya consolidados (como las comisiones y encuentros por carreras), mientras que otras pasaron a integrarse a diferentes agrupaciones y partidos. Hacia fines de 2012, sin embargo, algunos de los nexos construidos en dicho período fueron el germen de un espacio de coordinación entre estudiantes independientes de diferentes carreras (sobre todo de sociología, historia, ciencias de la educación, educación física, lenguas modernas y geografía). Decididos a disputar los espacios institucionales de la militancia estudiantil tradicional, estos estudiantes realizaron una convocatoria a un conjunto de agrupaciones que consideraban afines, para discutir la conformación de un frente electoral para las elecciones a Centro de Estudiantes de dicho año. Finalmente “El Frente” se conformó a partir de las agrupaciones Aule (Patria Grande), Cienfuegos (Juventud Guevarista), Lupas (Surcos) y Colectivo de Trabajo (CAUCE), sumado al flamante “Espacio Independiente” que contó con una dinámica asamblearia que buscaba recuperar las experiencias de organización previas, pero que al mismo tiempo intentó integrarse a los espacios de coordinación orgánicos establecidos por la alianza. La coordinación fue exitosa, en la medida en que “El Frente” triunfó en las elecciones estudiantiles de 2012, convirtiéndose en la nueva conducción del Centro de Estudiantes de la FaHCE. El análisis detallado de esta experiencia excede el presente trabajo, pero es preciso destacar que este devenir -al igual que la experiencias de las Comisiones e Intercomisiones- nos sirve como testimonio de los procesos de institucionalización de las nuevas militancias, cuya trayectoria transitó en pocos años desde la autoorganización autónoma y de base, a la disputa y transformación de los espacios y estructuras institucionales de la facultad.

3. Del nuevo ethos militante a otras formas de participación ¿Activismo como categoría de análisis?

Es preciso interrogarnos respecto a los fundamentos de este *florecimiento del activismo*. Si partimos de la de tesis del “malestar” de Mustapic -recogida por Camou, Prati y Varela (2014)- es posible afirmar que estas expresiones tuvieron lugar en una época en la cual se consideraba que los representantes políticos gestionaban “deficientemente los intereses sociales que les han sido confiados” (p. 10), lo cual dio como resultado una reconfiguración de los espacios de participación políticos. Sin embargo, en lugar de virar hacia formas de participación que planteen un voto “pospolítico”, a lo Manin (1998) (es decir, votos a cambio de resultados), estas experiencias buscaron redefinir las propias formas organizacionales sobre las cuales se comprendía la representación política, en línea con una concepción de militancia que planteaba un horizonte autónomo, horizontal y de base.

En gran medida, esta nueva modalidad de participación podría inscribirse en lo que Camou Prati y Varela (2018) comprenden como politización a través del *conflicto*, uno de los tres tipos ideales de ingreso a la militancia universitaria (distinta a la politización como *legado* o por *contacto*). En este punto, el impulso que determinados conflictos coyunturales insufló en una nueva generación militante (tales como aquellos que se desencadenaron en virtud de las Asambleas Universitarias de 2007 y 2008), se manifestó en gran medida permeado por determinados repertorios discursivos e imaginarios de la época, que permitieron incorporar nuevas dimensiones a través de las cuales estas nuevas formas de participación se articularon. La consigna “poder popular”, fuertemente fiduciaria del asambleísmo barrial de 2001 y de un conjunto de corrientes teóricas ligadas al movimiento autonomista hicieron mella en los discursos universitarios y en las formas de representación política, tradicionalmente tan anquilosados y sometidos a los avatares de las agendas partidarias como lo describe Camou (2012).

El estudio de Svampa (2010) sobre los movimientos sociales surgidos en las últimas décadas permite echar luz sobre este fenómeno. Svampa postula la emergencia de un nuevo *ethos* militante; es decir, “un conjunto de orientaciones políticas e ideológicas que configuran la acción colectiva y se expresan a través de modelos de militancia, tales como el militante territorial y el activista cultural” (Svampa, 2010; p. 15). Estas nuevas disposiciones de la acción presentan un conjunto de características que la autora aborda. En primer lugar, se manifiesta a través del imperativo por la desburocratización y democratización de las organizaciones, que nace de una fuerte desconfianza hacia las estructuras estatales, los partidos políticos y sindicatos, y hacia toda forma de articulación superior. Frente a estas instituciones, estos movimientos oponen la autonomía y auto-determinación no solo como modalidades de organización, sino como programas políticos y estratégicos. En este sentido, auto-determinarse en el sentido de “dotarse de su propia ley”, es una demanda por configurar otro tipo de política, que contrasta con las visiones “vanguardistas” clásicas. El reclamo por autonomía conlleva una forma de concebir la política “desde abajo”, a través la horizontalidad de los lazos y la democracia por consenso como valores estructurantes. Tomando ejemplos como el movimiento zapatista, la autonomía significa pre-figurar el horizonte emancipatorio al que se aspira: contrastando con las visiones clásicas que aspiraban a “tomar el poder para cambiar el mundo”, de lo que se trata es más bien de “cambiar el mundo sin tomar el poder” -como se titula la célebre obra de Holloway (2002)-, construir desde hoy la sociedad del mañana.

Asimismo, Svampa afirma que este nuevo *ethos* se despliega en torno a una tensión entre la autonomía como horizonte utópico, y la autonomía como valor refugio. Esto da lugar a diferentes modelos de militancia: por un lado, “la figura ‘local’ del militante territorial, verdadera columna vertebral de los grandes movimientos sociales de América Latina; en segundo lugar, la figura ‘global’ del activista cultural, que se halla difundida en distintas latitudes, tanto en los países del centro como de la periferia” (Svampa, 2010, p. 19). El primero es heredero de las políticas neoliberales, que han en las últimas décadas han generado un proceso de empobrecimiento y territorialización de los sectores populares, generando a nivel local la figura del mediador, un “militante social” o “territorial”, que según la autora es heredero de los movimientos sociales urbanos de otras épocas. Por su parte, el activista cultural parte de una construcción afirmativa cuya modalidad organizativa son los grupos de afinidad, a través de colectivos que suelen adoptar una dimensión a la vez política y cultural. Si bien en algunos casos estos grupos se agotan en su dimensión cultural-expresiva, en otros dan pie a una articulación política con organizaciones más amplias, construyéndose en creadores de

nuevos sentidos políticos y culturales. En este sentido, a través de diferentes ámbitos como la comunicación alternativa, la intervención artística y la educación popular, expresan “una vocación nómada por el cruce social y la multipertenencia, en el marco del desarrollo de relaciones de afinidad y redes de solidaridad con otras organizaciones” (Svampa, 2010, p.10).

El estudio precedente sobre el *florecimiento del activismo* en la FaHCE permite ilustrar cómo estas concepciones han arraigado en el ámbito de la política universitaria estudiantil, en la medida en que este fenómeno se nutre de discursos y elementos que remiten a las cosmovisiones conceptualizadas por Svampa. El nuevo *ethos* al que se refiere la autora, es visible en las diferentes formas de organización autónoma que han surgido por fuera de los espacios tradicionales de militancia (como las agrupaciones y partidos políticos). En espacios como las comisiones, los encuentros por carrera, las asambleas por año y otras experiencias “independientes” se han cristalizado formas organizativas que plantearon una “nueva organicidad”, que hizo hincapié en la necesidad de construir vínculos más horizontales, en donde las resoluciones no se tomen en círculos dirigenciales cerrados sino en espacios asamblearios y “de base”, buscando poner en práctica los principios de la democracia directa y la toma de decisiones por consenso.

Para determinados espacios (como el ENES, las asambleas de sociología o el Colectivo Lanzallamas) el objetivo no era principalmente disputar los espacios políticos e institucionales tradicionales, sino pre-figurar, dar forma, a nuevos espacios políticos que expresen los ideales sobre los cuales se sostenían sus concepciones sobre lo político y lo académico, construyendo sobre la praxis su propia concepción de militancia, su propia forma de hacer “sociología”, “ciencias de la educación” o “educación física”. Asimismo, este nuevo *ethos* se expresaba no solo a nivel “político” sino también “cultural”, a través de una gama de expresiones que hemos buscado relevar, como la organización de fiestas y varietés, la construcción de espacios de reflexión en torno a temáticas específicas, la creación de revistas y medios de divulgación de las diferentes experiencias, etc. En estas diferentes expresiones, asimismo, se cristalizó una forma de participación política “nómada” o en términos deleuzianos (Deleuze y Guattari, 1985), “rizomática”, que volvía porosas las fronteras entre diferentes organizaciones y espacios, consolidando una pertenencia multiposicional (Combes, 2011) que se desenvolvía a través de los vínculos y redes establecidas entre las diferentes experiencias, y que en su conjunto daban cuenta de una forma distinta de hacer política.

Otra característica del *ethos* militante de este activismo fue su fuerte impronta “independiente”. En ocasiones esta figura se legitimaba en relación a su compromiso con la formación¹⁶, es decir, ser avanzado/a en su carrera, participar de congresos y jornadas de su propio campo disciplinar y estar inmerso/a en los debates disciplinares y profesionales de su propio campo, así como tejer vínculos y redes con compañeros de otras carreras que guardaban esta impronta, que compartían las mismas inquietudes y preocupaciones. Por supuesto, este fenómeno no estuvo exento de tensiones. La diferencia que Svampa establece entre una militancia “local” con raigambre territorial y una militancia “global” expresada en términos culturales, puede compararse con la

¹⁶ Dada la cantidad de disciplinas que se dictan en la FaHCE, era común que en instancias como las elecciones estudiantiles para Centro de Estudiantes, les militantes que buscaban acercarse a sus compañeros para persuadirlos y solicitar su voto, no pertenezcan a las mismas carreras. Esto en ocasiones planteaba una fuerte barrera, en tanto frecuentemente el/la militante orgánico/a desconocía las preocupaciones específicas (cuestiones disciplinares, de planta docente, de problemáticas específicas) de los estudiantes a quienes intentaba representar. Al legitimarse desde espacios académicos vinculados a las propias carreras, les “militantes independientes” podían zanjar esta dificultad.

relación entre los modelos de militancia vinculados a agendas departamentales (especialmente, las comisiones por carrera), y aquellos que proponía la construcción de agendas y ejes de debate nuevos, tal como planteaban los encuentros por carrera y asambleas por año. Amén de estas diferencias, durante algunos años ambos modelos convivieron y dialogaron entre sí.

Aun así, como hemos señalado anteriormente, el impulso de estos nuevos activismos se fue refrenando con el correr de los años, expresando una tendencia hacia un modelo de militancia que planteaba de manera más clara una disputa académica e institucional, antes que la “pre-figuración” de nuevas organizaciones. En este sentido, muchas de las asambleas y espacios surgidos espontáneamente perdieron su estela, y sus integrantes pasaron a formar parte de agrupaciones y espacios consolidados como las comisiones y encuentros por carrera. El derrotero de estos últimos, asimismo, se centró cada vez más en la disputa en torno a los espacios académicos y políticos de la institución, como es visible en el proceso de Intercomisiones, o incluso en los avatares del “espacio independiente” que tuvo lugar a través de la experiencia de El Frente.

Ahora bien, si bien esto último da cuenta de cómo las tendencias políticas no son irreversibles, en tanto los “climas de época” pueden ser coyunturales y la efervescencia que conecta a las experiencias puede agotarse, no es menos cierto que estas experiencias dejaron importantes huellas en la vida académica. En sentido, las comisiones se consolidaron como un espacio de referencia central en las carreras; las juntas pasaron a funcionar (y lo hacen al día de hoy) con una nueva reglamentación, más democrática e igualitaria; los encuentros por carrera fueron progresivamente ganando visos de institucionalidad que les permitió ampliar su llegada a los estudiantes de todo el país; y la militancia estudiantil organizada en la facultad se revitalizó con la incorporación de nuevas generaciones de militantes.

Al mismo tiempo, creemos que estas experiencias pueden haber contribuido a fortalecer a la institución universitaria. En este sentido, Camou, Prati y Varela (2014) retomaron las preocupaciones de Pedro Krotsch, quien a la salida de la década de los '90 planteó que la partidización era una de las deudas pendientes de la universidad pública argentina, afirmando que para lograr una verdadera autonomía de la institución, era necesario “despartidizar para politizar”, “lograr una preocupación fuerte por los intereses de la polis, de la ciudadanía” (p. 22). Los autores retoman esta preocupación, postulando que existió una “metamorfosis de la representación”, que es visible en la existencia de un fuerte activismo que “parecería ensamblarse adecuadamente con la relativa autonomía político-ideológica de la universidad” (p. 22). En este sentido, se interrogaron si la universidad es hoy un agente socializador de los estudiantes “ya sea mediante el funcionamiento institucional que la caracteriza, ya sea mediante los rasgos comunes y distintivos que adoptan las diversas formas de conocimiento que la atraviesan” (p. 23).

Creemos que la recuperación de la experiencia de las diferentes expresiones de la *militancia independiente* constituye un aporte para resolver este interrogante, que podría ser ampliado en futuras indagaciones. La existencia de un activismo no partidizado, organizado en torno a un conjunto de preocupaciones que en ocasiones discutía y cuestionaba su propia formación académica, que participaba activamente de la dinámica académica e institucional de la facultad, que engendró nuevas instancias de organización y participación, y que incluso se planteó una reforma de las estructuras institucionales de la facultad (como fue el caso de la reforma de las Juntas), permite interrogarnos si -a modo de hipótesis- estos fenómenos han contribuido a la imprescindible formación de una “ciudadanía universitaria”, en el sentido que refería Krotsch: un activismo que

involucrado activamente en los asuntos de la polis, que se apropia de la institución universitaria y se propone participar activamente de su construcción.

En este sentido, nuestra indagación lleva a interrogarnos si es posible añadir una cuarta categoría a la tipología de participación planteada por Camou Parti y Varela (2014), la del *activista*, al calor de los procesos socio-políticos a nivel macro, y en sintonía con lo que Svampa (2010) denomina “nuevo *ethos* militante”. La misma se acerca a la noción del “militante”, aunque a diferencia de esta, no aparece necesariamente encuadrada dentro de los canales clásicos de participación (agrupaciones universitarias, asambleas generales, elecciones estudiantiles), y permite una mayor porosidad respecto a las modalidades de una agrupación política. Este activismo es híbrido por ser parte de un determinado clima de época, pero también es la expresión de una forma específica de encarnar los compromisos académicos y políticos dentro de la universidad. La diversidad de espacios que emergieron en el periodo seleccionado, y especialmente su carácter rizomático, nos permite hablar de un *florecimiento del activismo* entre 2005-2012.

Por último, postular el cierre de esta experiencia en el año 2012, supone un doble anclaje. Por un lado, el armado del “El Frente” de cara a las elecciones estudiantiles, significó aglutinar gran parte de estas experiencias, ya que una porción importante de este activismo se sumó a esta plataforma electoral. Pero con una característica muy particular: el “espacio independiente”. La emergencia de este espacio, es una expresión de estos recorridos, pero también de la reflexión sobre las limitaciones de estas instancias más independientes, locales, y específicas, para pensar un “proyecto de facultad” o de “centro de estudiantes”. Si bien excede el recorte temporal de la esta propuesta, el primer año de “El Frente” conduciendo el centro de estudiantes, tuvo una fuerte impronta de los elementos propios del *florecimiento activista* traducidos en términos de gestión del centro de estudiantes. Pasado el primer año, las propias lógicas de la conducción del centro, y la propia realpolitik que implica la gestión desgastó de gran manera al espacio independiente, que siguió formando parte de la conducción del centro pero perdiendo la centralidad que supo tener el primer año.

Esto se suma a otro proceso que comenzó a suceder con este activismo militante: los egresos y las profesionalizaciones. Una característica de militantes de estos espacios surgidos al calor del *florecimiento del activismo* era una gran primacía de las carreras académicas. En parte por la propia búsqueda de prefigurar la propia disciplina, pero también como oposición a ciertas figuras de la militancia estudiantil que eran criticadas por su eterna presencia como estudiantes, por priorizar su militancia partidaria. Esto fue generando un recambio generacional de militantes, propio de las participaciones estudiantiles, pero quienes asumieron esos roles, ya no traían arraigado el proceso del *florecimiento del activismo*, e ingresaron a la facultad con estas instancias institucionalizadas, o con trayectorias ya consolidadas. Esto generó nuevas modalidades de participación en estas instancias.

Este doble anclaje puede leerse en términos de carreras militantes (Agrikoliansky, 2017), a partir de lo cual puede observarse que dieron lugar a diversas modalidades de continuar con este compromiso y esta forma de producir y habitar la política, lo universitario y lo disciplinar. En este sentido, es posible destacar dos modalidades que fueron las predominantes como canalización de este proceso: la política-partidaria y la política-académica. La primera alude a las trayectorias militantes que luego de la experiencia de “El Frente”, habiendo o no participado del espacio independiente, se unieron a diversas agrupaciones estudiantiles o a militancias políticas o territoriales extra-universitarias. La segunda modalidad alude a las trayectorias que se profesionalizaron (Tissot, 2005) y se volcaron en su mayoría a la gestión o la investigación universitaria.

A modo de conclusión

A lo largo de este recorrido, hemos intentado dar cuenta de forma exploratoria de lo que llamamos *florecimiento del activismo*. Para este objetivo hemos planteado tres momentos. En primer lugar, hemos realizado un breve recorrido por algunas de las categorías relevantes de autores que han abordado la militancia estudiantil en la FaHCE durante el siglo XXI, para en un segundo momento, trazar un breve e iniciático racconto por las experiencias de participación por fuera de las agrupaciones estudiantiles entre 2005 y 2012. Por último en un tercer momento, realizamos una lectura de estos fenómenos a la luz de las categorías presentadas previamente, e incorporando la noción de “nuevo *ethos* militante” de Svampa (2010), la cual nos permitió leer a la luz de esta perspectiva el “florecimiento activista”, dando cuenta de sus similitudes, y sus diferencias. Este ejercicio analítico concluyó planteado dos modalidades principales como deriva o canalización de esta experiencia: la política-partidaria y la política-académica. Si bien esta fue una entrada exploratoria a la temática, creemos que presenta algunas primeras orientaciones para seguir profundizando en estas temáticas. En función de ello, proponemos tres posibles líneas para continuar la investigación sobre estos fenómenos. En primer lugar, tendría una gran relevancia analítica profundizar en las especificidades de cada una de estas experiencias, teniendo en cuenta la relación con la disciplina y las carreras militantes particulares de cada uno de estos espacios. En segundo lugar, la modalidad política-partidaria es más que interesante para pensar las militancias políticas en general, sobre todo al calor de la victoria del macrismo en el 2015, y la posterior “kirchnerización” de gran parte de estas militancias. Por último, en relación a la segunda modalidad, profundizar en las características de las profesionalizaciones de estas carreras militantes puede ofrecer nuevos elementos para dar cuenta de nuevas formas de habitar y profundizar distintas disciplinas.

Referencias bibliográficas

- Agrikoliansky, E. (2017). Las “carreras militantes”: alcance y límites de un concepto narrativo. En O. Fillieule et. al. *Sociologie plurielle des comportements politiques*. Parisl, Presses de Sciences Po.
- Baña, M. (2021). Quien no extraña al comunismo no tiene corazón. De la disolución de la Unión Soviética a la Rusia de Putin. Buenos Aires, Editorial Crítica.
- Becker, H. (2021). Como fumar marihuana y tener un buen viaje. Una mirada sociológica. Buenos Aires, Editorial Siglo XXI.
- Bourdieu, P. (2006). Autoanálisis de un sociólogo. Anagrama, Madrid.
- Camou, A. (2012). Militantes, adherentes y votantes: notas sobre la experiencia política de los jóvenes universitarios platenses (2003-2012). VII Jornadas de Sociología de la UNLP. Departamento de Sociología de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, La Plata.
- Camou, A.; Prati, M.; Varela, S. (2014). Reflexiones en torno a la experiencia política reciente de estudiantes de la UNLP. VIII Jornadas de Sociología de la UNLP, 3 al 5 de diciembre de 2014, Ensenada, Argentina. EN: Actas. La Plata: UNLP. FAHCE. Departamento de Sociología. Disponible en: https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.4306/ev.4306.pdf

- Camou, A.; Prati, M.; Varela, S. (2018). Los caminos de la militancia estudiantil : modos de ingreso a la vida política universitaria en la UNLP. X Jornadas de Sociología de la UNLP, 5 al 7 de diciembre de 2018, Ensenada, La Plata. EN: Actas. Ensenada: Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Departamento de Sociología. Disponible en: https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.11285/ev.11285.pdf
- Combes, H. (2011). Faire parti. Trajectoires de gauches au Mexique. Paris, éditions Karthala.
- Colectivo Situaciones-MTD de Solano (2002). Hipótesis 891. Más allá de los piquetes, Buenos Aires, De mano en mano.
- Deleuze, G. y Guattari, G. (1985) El Anti Edipo. Capitalismo y esquizofrenia. Barcelona. Paidós.
- Feldfeber, M. & Gluz, N. (2011). Las políticas educativas en la Argentina: herencias de los '90, contradicciones y tendencias de 'nuevo signo'. Educação & Sociedade, Campinas, v. 32, n. 115, 339-356, abr.-jun.
- Gordillo, M. (2010). Piquetes y cacerolas...El argentinazo del 2001. Buenos Aires, Sudamericana.
- Hardt, N. y Negri, A. (2000) Imperio. Buenos Aires, Paidós.
- Hardt, N. y Negri, A. (2004) Multitud. Guerra y democracia en la era del imperio. Buenos Aires, Debate.
- Holloway, J. (2002). Cambiar el mundo sin tomar el poder. El significado de la revolución hoy. Buenos Aires, Revista Herramienta.
- Krotsch, P. (2002). "Los universitarios como actores de reformas en América Latina: ¿Han muerto los movimientos estudiantiles?". Espacios en Blanco. Revista de Educación Superior, Serie Indagaciones, núm. 12, UNCPBA (Tandil), junio 2002.
- Manin, B. (1998). Los principios del gobierno representativo. Madrid, Alianza.
- Mauger, G. (2005). Entre engagement politique et engagement sociologique, en Tissot, Silvy, Reconversions militants. Presses Univ. Limoges.
- Liaudat M. D.; Liaudat, S. y Pis Diez, N. (2012). En las aulas y en las calles. Antecedentes, continuidades y rupturas de una década del movimiento estudiantil universitario argentino (2002-2011). Buenos Aires, Editorial Herramienta.
- Ouviña, H. y Thwaites Rey, M. (2018). Estados en disputa: auge y fractura del ciclo de impugnación al neoliberalismo en América Latina. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: El Colectivo
- Passeron, J.-C. (1991). El razonamiento sociológico, Paris, Albin Michel.
- Sartori, G. (2009). La democracia en treinta lecciones. Buenos Aires, Taurus.
- Svampa, M. (2010). Movimientos Sociales, matrices socio-políticas y nuevos escenarios en América Latina. One World Perspectives N°1. Kassel, editorial Universität Kassel.
- Tissot, S. (2005). Reconversions dans la politique de la ville : l'engagement pour les quartiers. Paris, Politix, Volume 18, N°70.
- Williams, R. (1977). Marxismo y literatura. Barcelona, Ediciones Península.